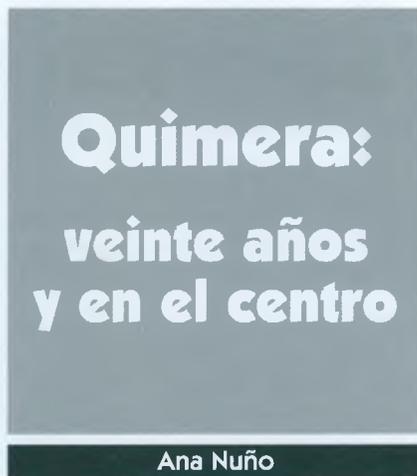


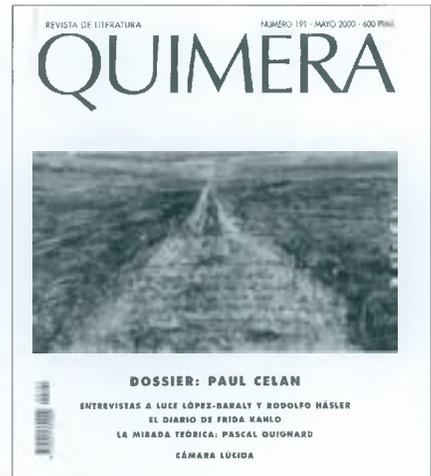
Hace veinte años, en noviembre de 1980, nacia en Barcelona *Quimera*, "revista de literatura" mensual. La historia de su nacimiento y evolución hasta el día de hoy permite trazar un mapa de las ilusiones y decepciones, esperanzas y de-sengaños compartidos por muchas otras iniciativas culturales surgidas en los años del inmediato post-franquismo. Su fundador, Miguel Riera, contaba a la sazón con la experiencia del lanzamiento de otra revista, *El Viejo Topo*, que se situaba en el terreno de la izquierda no institucional, lejos de los partidos y cerca de lo que en EE.UU. se llamó, en los años sesenta, la "contracultura". Algo de esta postura también presidió, en sus orígenes, el lanzamiento de *Quimera*. Se trataba, sobre todo, de explorar y descubrir autores y obras que no habían podido superar la censura del régimen dictatorial durante los cuarenta años previos. De ahí que *Quimera* se convirtiera, de la noche a la mañana, en un referente ineludible para quienes se acercaban a la literatura por motivos profesionales o vocacionales, desde el profesor de instituto y el estudiante hasta el escritor o el editor. A través de dossiers, entrevistas y textos de reflexión y de crítica inéditos, *Quimera* permitió descubrir a autores tan diversos como Calvert Casey y Thomas Bernhard, Elias Canetti y Djuna Barnes. Ello era posible, todo hay que decirlo, porque las lagunas que había dejado la dictadura eran enormes. A diferencia de otros países de Europa, pero también de América Latina, los españoles no habían podido leer algunas de las obras fundamentales de la modernidad literaria del siglo XX. Al mismo tiempo, la revista sirvió de plataforma a escritores peninsulares que comenzaron a consolidarse en los setenta y ochenta: Carmen Riera, Eduardo Mendoza, Félix de Azúa...

El acercamiento a las obras de unos y de otros estuvo siempre presidida por un doble enfoque: periodístico o de actualidad y erudito o de reflexión y análisis, aunque nunca "académico", en el sentido más reductor del término. El carácter híbrido que este ayuntamiento de metodologías dispares le confería a *Quimera* es un reflejo de la ausencia, hasta bien entrada la década de los ochenta, de herramientas específicamente culturales en los medios de comunicación de masas. La aparición de los suplementos literarios y culturales en los medios impresos, con su énfasis en la actualidad, ha descargado a la revista de la obligación de dar cuenta de



fenómenos meramente coyunturales, ligados a la producción y aun la sobreproducción del mercado literario. De tal suerte que la "actualidad" literaria ha quedado muy bien acotada en dos secciones: la de crítica de libros y la de entrevistas. Con todo, se procura siempre en ambas dar al lector un enfoque y unas herramientas de lectura y análisis capaces de trascender los efectos más superficiales y efímeros de las "modas" o las "tendencias" literarias.

Un aspecto vital de *Quimera*, que esta revista comparte con todas las publicaciones culturales independientes españolas, es poco conocido por los lectores: su condena a la marginalidad y la precariedad económicas. Veinte años de presencia ininterrumpida en el mercado significa, en cualquier otro país de Europa, la consolidación de un proyecto de esta índole y una relativa autonomía financiera. Que no sea éste el caso de *Quimera* ni de decenas de revistas culturales (que, por ejemplo, una veterana como *Ajoblanco* haya tenido que cerrar a finales de 1999) se debe a una peligrosa anomalía de las políticas culturales aplicadas en este país. Ha de saberse, en efecto, que no existen mecanismos específicos de ayuda (subvenciones y ayudas a la producción y difusión) para una revista que, como ésta, se edita en castellano desde Cataluña. El Ministerio de Cultura se ha desembarazado de la responsabilidad de fomentar este tipo de publicaciones, por el juego mecánico de la devolución de competencias a las administraciones autonómicas. Y en el caso concreto de Cataluña, la aplicación durante más de dos décadas de políticas culturales centradas exclusivamente en la defensa, fomento y expansión de la lengua catalana ha supuesto, en la práctica, la depauperación de los proyectos edito-



riales llevados a cabo en lengua castellana. Esta concepción reductora de la cultura catalana (cultura catalana es sólo aquella que se expresa o manifiesta en catalán) está matando lo que fue durante décadas una de las fuentes de riqueza cultural de Cataluña: la presencia, en Barcelona, de importantes empresas editoriales y de imaginativas y modernas publicaciones periódicas con vocación transfronteriza y no nacionalista.

Hay que saber, en efecto, que *Quimera* se distribuye y tiene suscriptores no sólo en Cataluña y el resto del Estado español, sino también en casi todos los países de América Latina. Y sin embargo, esta revista, que ofrece todos los meses un dossier importante sobre un autor, una corriente de pensamiento o un fenómeno cultural notable (baste con citar los seis últimos: Hélène Cixous, Paul Celan, Eugenio Trias, Las culturas del Caribe hispano, los Situacionistas, los problemas actuales del mundo editorial), vive hoy por hoy de la generosidad de sus colaboradores, repartidos en varios continentes, que no sólo aceptan de buena gana publicar sin cobrar sus trabajos, la mayoría inéditos, sino que generosamente proponen sus ideas y proyectos a la revista. Entre ellos, algunos intelectuales y escritores de reconocida valía, dentro y fuera de España, y muchos escritores y ensayistas menos conocidos pero sobradamente reputados en su campo de investigación y creación, aquí y allende las fronteras. No citaré nombres ejemplares porque no los hay, porque todos y cada uno de ellos son indispensables. Son ellos los verdaderos artifices de una revista que se resiste a desaparecer, arrastrada por el torrente de la futilidad mediática o la catarata de los nacionalismos excluyentes.

Ana Nuño
Directora de *Quimera*